CAPITULO IX.

Continuacion del precedente sobre el sacramento del Orden.

La mayor parte de los sabios de la antigüedad han vivido en el celibato: bien notorio es lo mucho que apreciaron la castidad los gimnosofistas, los bracmanes y los druidas. Hasta los mismos salvages la miran como una virtud celestial, porque los pueblos de todos los tiempos y de todos los paises, estuvieron acordes acerca de la escelencia de la virginidad. Entre los antiguos, debian vivir en soledad los sacerdotes y las sacerdotisas, que con especialidad se reputan estar encargados de tratar íntimamente con el cielo: la menor falta que cometian contra sus votos, se castigaba con un rigor terrible. Solo ofrecian á sus dioses terneras que no hubiesen parido, y la virginidad poseia todo lo mas sublime y dulce que se hallaba en las fabulas. Con ella honraban á Venus, Urania y á Minerva, diosas del ingenio y de la sabiduría, pintaban la Amistad como una jóven, y la misma Virginidad simbolizada en la Luna. paseaba su misteriosa continencia en los frescos espacios de la noche.

Aun considerada bajo otros aspectos, no es menos amable la virginidad, porque es el manantial de las gracias y la perfeccion de la hermosura en los tres reinos de la naturaleza. Los poetas, á quienes principalmente queremos convencer aqui, nos prestarán armas contra ellos mismos. ¿No gustan ellos de reproducir por do quiera la idea de la virginidad, como un encanto de sus descripciones y pinturas? Ellos la encuentran igualmente en las campiñas, en las rosas de la primavera, ó en las nieves del invierno: y de este modo la hacen brillar tambien en las dos estremidades de la vida; esto es, en los labios del niño, y en las canas del viejo. Mézclanla tambien en los misterios del sepulcro, y nos hablan de los antiguos que consagraban á sus manes árboles sin semilla, ó bien porque la muerte es estéril, ó porque en la otra vida son desconocidos los sexos, y el alma es una vírgen inmortal. Finalmente, nos dicen ellos, que entre los animales, aquellos están dedicados á la castidad, que mas se acercan á nuestra inteligencia. ¿No nos parece reconocer en la colmena de las abejas el modelo de esos monasterios, do las jóvenes vestales fabrican una miel celestial con la flor de sus virtudes? La virginidad forma tambien el encanto de las bellasartes, y las musas la son deudoras de su eterna juventud. Pero sobre todo, donde la virginidad manifiesta mas bien su escelencia, es en el hombre. San Ambrosio compuso tres tratados acerca de esta virtud, en los cuales apuró su elocuencia: él mismo se disculpa diciendo, que lo hizo asi, con el objeto de ganar el corazon de las vírgenes con la dulzura de sus palabras (1). Este santo llama á la virginidad exencion de toda mancha (2): hace ver cuan preferible es su tranquilidad á los cuidados del matrimonio, y dice hablando con las vírgenes: «*Encendiendo vuestras megillas el pudor*, os hace en estremo hermosas. Apartadas de la vista de los hombres, como rosas solitarias, vuestras gracias no están sometidas á sus falsos juicios; sin embargo, bajais tambien á la palestra, á fin de disputar el precio de la hermosura, no la del cuer-

(1 *De Virginit.* lib. II, cap. I, núm. 4.
(2) *Ibid.* lib. I, cap. V.

po, y si la de la virtud; hermosura que ninguna enfermedad la altera, ninguna edad la marchita, y ni la misma muerte puede arrebatarla. Dios es el únicojuez de esta lucha de las vírgenes, porque ama las almas bellas, aunque habiten en cuerpos feos..... Una vírgen no conoce las penalidades de un embarazo, ni los dolores de un parto..... Es el don del cielo, y la alegría de sus parientes: en la casa paterna ejerce el sacerdocio de la castidad, y es una víctima que diariamente se sacrifica por su madre.»

En el hombre toma la virginidad un carácter sublime. Turbada por todas las tempestades del corazon, se hace celestial, si ella las resiste. «Una alma casta, dice San Bernardo, llega á ser por la virtud, lo que es el ángel por naturaleza. En la castidad del ángel hay mas felicidad, pero en la del hombre mucho mas valor.» En los religiosos se trasforma en humanidad; testigos de ello esos *Padres de la redencion de cautivos* y esas *órdenes hospitalarias*, consagradas al alivio de nuestras dolencias. En la casa del sábio se convierte en estudio, y en la cueva del solitario en meditacion. Es en tan alto grado el carácter esencial del alma y de la fuerza mental, que no hay hombre que no conozca su ventaja para entregarse á los trabajos del espíritu. Si la virginidad da, pues, nuevo vigor al alma, ¿no será tambien la primera de sus calidades, cuando el alma es la parte mas bella de nosotros mismos?

Pero si en alguna parte es necesaria esta virtud, lo es con preferencia en el servicio de la Divinidad. «Dios, dice Platon, es la verdadera medida de las cosas, y nosotros debemos emplear todos nuestros esfuerzos para imitarle (1). El hombre dedicado á sus altares está mas obligado que otro alguno. No se trata aqui, dice San Crisóstomo, de gobernar un imperio ó

(1) *Resp.*

mandar un ejército, si de una funcion que exige una virtud angelical. El alma de un sacerdote debe estar mas limpia que el sol (1). El ministro cristiano, dice tambien San Gerónimo, es el intérprete entre Dios y el hombre.» Es preciso, pues, que el sacerdote sea un personage divino, y que reinen alrededor de él la virtud y el misterio. Retirado en las santas tinieblas del templo se le ha de oir sin ser visto: su voz solemne, grave y religiosa, debe ser el conducto de las palabras proféticas, de los himnos de paz y de las profundidades secretas del tabernáculo; conviene que no se presente delante de los hombres, ni se deje ver en medio del siglo, como no sea para socorrer á los miserables, único medio por el cual se grangeará el respeto y la confianza; pero ambas cosas perderá bien pronto, si le ven á la puerta de los grandes, ó embarazado con una esposa, ó bien si da lugar á que se familiaricen con él, ó si aparece manchado con los mismos vicios de que adolece el mundo, y si se puede sospechar de él por un solo momento, que no es mas que un hombre igual á los demas.

En fin, un casto anciano es una especie de divinidad. Príamo, tan viejo como el monte Ida, y tan canoso como la encina del Gárgano; Príamo, repito, presenta en su palacio, y en medio de sus cincuenta hijos, el espectáculo mas augusto de la paternidad. Pero un Platon vírgen sentado al pie de un templo en la punta de un cabo batido de las olas; un Platon con los ojos fijos en la mar, enseñando la existencia de Dios á sus discípulos, es un ser mucho mas celestial. No corresponde á la tierra, y parece que pertenece á aquellos *genios* ó inteligencias superiores, de que él mismo nos habla en sus escritos.

Subiendo asi la virginidad desde el último eslabon

(1) Lib. VI, *de Sacerd.*

de la cadena de los seres hasta el hombre, pasa desde este á los ángeles, y desde los ángeles á Dios, donde se pierde. En los espacios de la eternidad resplandece Dios único como el sol, que es su imágen en el tiempo.

Concluyamos, pues, diciendo que ni los poetas, ni los hombres de mas delicado gusto pueden oponer cosa alguna al celibato del sacerdocio, puesto que la virginidad forma parte de la memoria de las cosas antiguas, de los embelesos en la amistad, del misterio en el sepulcro, de la inocencia en la cuna, de las gracias en la juventud, de la humanidad en el religioso, de la santidad en el sacerdote y en el anciano, y de la divinidad en los ángeles y en el mismo Dios.

CAPITULO X.

CONTINUACION DE LOS PRECEDENTES.

El Matrimonio.

La Europa debe tambien á la iglesia las pocas leyes buenas que posee. Acaso no hay circunstancia alguna en materia civil, que no haya sido prevista por el derecho canónico, fruto de la esperiencia de quince siglos, y de la penetracion de los Inocencios y Gregorios. Los reyes y emperadores mas sabios, como Carlo-Magno y Alfredo el Grande, creyeron que no podian hacer cosa mas acertada que adoptar en su código civil una parte del código eclesiástico, donde vienen á refundirse la ley levítica, el Evangelio, y el derecho romano. ¿Qué edificio hay comparable con esta iglesia? ¡cuan vasto! ¡cuan milagroso es!

Elevando el matrimonio á la dignidad de sacramento, nos manifestó Jesucristo la grande figura de su union con la iglesia. Cuando se reflexiona que el matrimonio es el quicio sobre el cual gira toda la máquina, es imposible suponer que sea sobrado santo, ni puede admirarse bastantemente la sabiduría de aquel que lo ha marcado con el sello de la religion.

La iglesia ha multiplicado sus cuidados para un acto tan principal de la vida, y ha determinado los grados de parentesco en que se permite la union de dos esposos. Reconociendo el derecho canónico las generaciones simples cuando salen de su tronco, prohibió hasta la cuarta el matrimonio (1), que el derecho civil, contando las ramas dobles, prefijó á la segunda: asi lo prevenia la ley de Arcadio inserta en las Institutas de Justiniano (2).

Pero la iglesia con su acostumbrada sabiduría, siguió en este reglamento la variacion progresiva de costumbres (3), y se ve que en los primitivos siglos del cristianismo se estendia la prohibicion del matrimonio hasta el sétimo grado; y aun algunos concilios, tal como el de Toledo (4) en el siglo VI, prohibian sin limitacion alguna, toda union entre los miembros de una misma familia.

El espíritu que dictó estas leyes es digno de la pureza de nuestra religion. Nunca pudieron llegar las paganas á esta caridad cristiana. En Roma estaba permitido el matrimonio entre primos hermanos; y el emperador Claudio, para casarse con Agripina, hizo

(1) *Concil. Later.* an. 1205.
(2) *Inst.* Just. *de Nupt.* tít. X.
(3) *Concil. Duziac.* an. 814. La ley canónica debió variar segun las costumbres de los pueblos godos, vándalos, ingleses, franceses y borgoñones, que sucesivamente entraban en el seno de la iglesia.
(4) *Concil. Tol.* cap. V.

promulgar una ley, mediante la cual el tio podia casarse con la sobrina (1). Solon permitió que el hermano pudiese casarse con su hermana uterina (2).

La iglesia no ha limitado á esto solo sus precauciones, sino que despues de haber seguido al Levítico por algun tiempo en lo concerniente á los afines, concluyó declarando por impedimentos *dirimentes* del matrimonio todos los grados de afinidad, correspondientes á los de consanguinidad en que está prohibido (3). Finalmente, previó un caso que no previó ningun jurisconsulto, y es el de un hombre que ha tenido trato ilícito con una muger. Este declara la iglesia que no puede casarse con muger alguna de su familia, mas arriba del segundo grado (4). Esta ley admitida antiguamente en la iglesia (5), y fijada por el concilio de Trento, pareció tan conforme, que el código francés, sin embargo de haber rechazado el concilio en su totalidad, no dejó de admitir este cánon.

En cuanto á lo demas, los impedimentos del matri-

(1) Suet. *in Claud.* Ciertamente esta ley no fué estendida segun se advierte en los fragmentos de Ulpiano, tít. 5 y 6, y fué abrogada por el código Teodosiano lo mismo que la que hablaba de los primos hermanos. Observemos que en el cristianismo tiene el papa derecho á dispensar de la ley canónica, segun lo pidan las circunstancias. Como una ley no puede ser jamás tan general que abrace todos los casos, se meditó con mucha prudencia el recurso de las dispensas ó escepciones. En cuanto á lo demas, los matrimonios contraidos en el Antiguo Testamento entre hermanos y hermanas, se dirigian á la ley general de la poblacion, que se abolió, como dejamos dicho, en la venida de Jesucristo, cuando ya habia abundancia de razas.

(2) Plut. *in Solon.*

(3) *Conc. Lat.*

(4) *Ib.* cap. IV, sess. 24.

(5) *Conc. Anc.* cap. últ., an. 304.

monio de pariente á pariente, tan multiplicados por la iglesia, ademas de sus razones morales y espirituales, en el órden político se dirige á dividir las propiedades é impedir que aun en los tiempos mas remotos se lleguen á juntar únicamente en algunos sugetos todos los bienes del estado.

La iglesia ha conservado los esponsales de futuro, que suben hasta una antigüedad prodigiosa. Sabemos por Aulo Gelio que fueron conocidos por los pueblos del Lacio (1); que los adoptaron los romanos (2) y los siguieron los griegos; eran honrados en el Antiguo Testamento, y en el Nuevo fué José prometido á María. La intencion de esta costumbre es dejar á los dos futuros esposos tiempo suficiente para conocerse antes de unirse (3).

En nuestros campos se mostraban aun los esponsales con sus gracias antiguas. Un jóven aldeano iba en una hermosa mañana del mes de agosto á buscar su pretendida á la quinta de su futuro suegro. Dos músicos, recordando nuestras antiguas diversiones, rompian la marcha tocando en el violin los romances de la antigua caballería ó las canciones de los peregrinos. Parecia que los siglos antiguos, salidos de sus góticos sepulcros, acompañaban á esta juventud con sus antiguas costumbres y sus memorias venerables. La novia recibia del cura la bendicion nupcial, y ponia sobre el altar una rueca guarnecida de cintas. Despues volvian á la quinta; los señores territoriales, el cura y el juez del pueblo se sentaban con los futuros esposos; los labradores y las matronas se ponian alrededor de una

(1) *Noct Att.* lib. IV, cap. IV.

(2) L. 2, ff. *Spons.*

(3) San Agustin nos da sobre este particular una razon escelente: *Constitutum est, ut jam pactæ esponsæ non statim tradantur, ne vilem habeat maritus datam, quam non suspiraverit sponsus dilatam.*

mesa, donde se les servian el verraco de Euméo y las gordas terneras de los patriarcas. Terminaba la fiesta con un paseo por la granja vecina, y la señorita del castillo bailaba con el novio al son de una gaita, mientras el acompañamiento estaba sentado sobre las haces de trigo nuevo, con los recuerdos de las hijas de Jetró, de los segadores de Booz, y de los esponsales de Jacob y Raquel.

A los esponsales seguia la publicacion de las proclamas. Esta escelente costumbre, ignorada de la antigüedad, se debe enteramente á la iglesia, y es preciso buscar su orígen mas allá del siglo XIV, por cuanto se hace mencion de ella en una decretal del papa Inocencio III, cuyo pontífice la sancionó por regla general en el concilio Lateranense; renovola el de Trento, y está vigente en Francia por la ordenanza de Blois. El espíritu de esta ley es evitar las uniones clandestinas, y tener conocimiento de los impedimentos que puede haber entre las partes contratantes.

Por último, pasando adelante, el matrimonio cristiano se avanza y presenta con mucho mayor aparato que los esponsales; su paso es grave y solemne, y su pompa silenciosa y augusta; se le advierte al hombre que comienza una nueva carrera. Las palabras de la bendicion nupcial (palabras que pronunció el mismo Dios en el primer matrimonio del mundo), llenando al marido de un gran respeto, le dicen que va á desempeñar el acto mas importante de la vida; que como Adan va á ser cabeza de una familia, y finalmente, que carga sobre sí todo el peso de la condicion humana. La muger por su parte queda igualmente instruida: desaparece de sus ojos la imágen de los placeres á vista de sus obligaciones, parécele que oye una voz que sale del medio del altar y la dice: «¡Oh Eva! ¿sabes bien lo que haces? ¿Sabes que no hay para tí mas libertad que la del sepulcro? ¿Sabes lo que es llevar en tus entrañas mortales

á un hombre inmortal y hecho á la imágen de Dios?» Entre los antiguos solo era el himeneo una ceremonia llena de escándalo y alegría, y que nada enseñaba de los graves pensamientos que inspira el matrimonio; pero el cristianismo le ha reintegrado en su dignidad.

Esta misma religion, conociendo antes que la filosofía la proporcion en que nacen los dos sexos, estableció que el hombre solamente pudiese tener una esposa, á la cual debia cuidar hasta la muerte. El divorcio no es conocido en la iglesia católica, esceptuados algunos cortos pueblos de la Iliria, sujetos en otro tiempo al estado de Venecia, y que siguen el rito griego (1). Si las pasiones de los hombres se resisten á esta ley, si no han conocido el desórden que ocasiona el divorcio, turbando las sucesiones en el seno de las familias, desnaturalizando los afectos paternales, corrompiendo el corazon, y haciendo del matrimonio una prostitucion civil, no nos podemos prometer atencion á algunas palabras que sobre esto se nos ofrecen decir.

Sin profundizar esta materia, observaremos únicamente, que si se piensa hacer felices á los esposos por medio del divorcio (este es el grande argumento del dia), se incurre en un error grosero. El que no ha cooperado á la felicidad de la primera muger, aquel que no se ha aficionado para siempre á su esposa por su virginidad ó por su maternidad primera; quien no ha podido sujetar sus pasiones al yugo de la familia; y por último, el que no ha podido encerrar su corazon en su lecho nupcial: este jamás coadyuvará á la felicidad de la segunda esposa, en vano podeis contar con él sobre este artículo. Ni aun él mismo ganará cosa alguna con estas mudanzas: lo que llama diferencia de genios entre él y la muger á que está unido, es únicamente la inclinacion de su inconstancia y el afan de

(1) *Véase* Fra-Paolo, sobre el concilio de Trento.

sus deseos. La costumbre y el trascurso del tiempo son mas necesarios de lo que se piensa para fijar la felicidad, y aun el amor. No es posible que el hombre sea feliz en el objeto de su pasion, hasta despues de haber vivido muchos dias, y sobre todo muchos dias malos con él. Preciso es que se conozcan hasta lo interior del alma, es necesario que el misterioso velo con que se cubrian los dos esposos en la iglesia primitiva, se levante para ellos con todos sus pliegues, mientras queda impenetrable á todos los demas. ¿Seria acaso justo que por el menor capricho he de temer yo verme privado de mi compañera y de mis hijos, sin esperanza de pasar mi vejez con ellos? Ni se diga que este temor me obligará á ser mejor esposo: no, porque ninguno se aficiona sino á un bien de que está seguro; una propiedad que se puede perder, no se ama.

No demos al himeneo las alas del amor; ni hagamos de una santa realidad un fantasma voluble. Una cosa destruirá aun la felicidad en vuestros lazos momentáneos: en ellos sereis perseguidos por vuestros remordimientos; compareareis continuamente una esposa con otra, la que habeis perdido y la que habeis hallado; y no os engañeis, la balanza se inclinará siempre en favor de las cosas pasadas: asi hizo Dios el corazon del hombre; esta distraccion de un sentimiento por el antiguo emponzoñará todos vuestros goces. ¿Acariciareis á vuestro nuevo hijo? Mas pensareis siempre en aquel que habeis abandonado. ¿Abrazareis á vuestra muger estrechándola sobre vuestro corazon? El os dirá que no es este el seno de la primera. Cuanto hay en el hombre se dirige todo á la unidad: si llega á dividirse, no puede ser feliz; y semejante á Dios, que le hizo á su imagen, su alma procura continuamente retener y concentrar en un punto lo pasado, lo presente y lo futuro (1).

(1) Se puede consultar el libro de *Mr. Bonald* sobre el divorcio, una de las mejores obras que se han publicado de muchos años á esta parte.

Esto hemos creido oportuno decir acerca de los sacramento del Orden y del Matrimonio. Por lo respectivo á las imágenes que ellos mismos nos recuerdan, seria ocioso describirlas. ¿Qué imaginacion necesitará de ayuda para representarse, ó al sacerdote renunciando á los placeres de la vida, para consagrarse al socorro de los desgraciados, o á la jóven sacrificándose al silencio de las soledades para encontrar el del corazon, ó á los esposos al pie de los altares prometiendo amarse? La esposa de un cristiano no es una simple mortal; es, si un ser estraordinario, misterioso y angélico; es la misma carne de la carne de su esposo, y la sangre de su sangre. Cuando se une á ella, no hace mas que tomar una parte de su sustancia. Su alma, y lo mismo su cuerpo, son incompletos sin la muger: en él reside la fuerza, en ella la hermosura; él combate al enemigo y cultiva los campos de la patria, pero no está instruido en el gobierno doméstico; le es necesaria la muger para disponer la comida y su cama; si se halla rodeado de disgustos, la compañera de sus noches procura dulcificarlos, y aunque sus dias sean malos y turbulentos, encuentra brazos castos en su lecho, y al momento olvida todos sus males. El hombre sin la muger seria tosco, grosero y solitario. La muger cuelga en torno de él los placeres de la vida, semejantes á las yedras de los bosques que adornan el tronco de las encinas con sus perfumadas guirnaldas. Finalmente, el esposo cristiano y su esposa viven, renacen y mueren juntos; crian juntos los frutos de su union, juntos se convierten en polvo, y juntos vuelven á hallarse mas allá de los límites del sepulcro.

CAPITULO XI.

La Estrema-Uncion.

Mas á la vista de este mismo sepulcro, pórtico silencioso del otro mundo, es cuando el cristianismo manifiesta toda su sublimidad: la mayor parte de los cultos antiguos consagraron las cenizas de los muertos; pero no pensaron en preparar el alma para aquellas riberas desconocidas de donde nunca se vuelve.

Llegaos ahora y vereis el mas hermoso espectáculo que puede presentar la tierra; llegaos y vereis morir al cristiano. Este no es ya el hombre del mundo, no es ya individuo de su pais, cesaron ya para él todas las relaciones que tenia con la sociedad. Se acabó ya para él el cómputo del tiempo; ya no tiene otra fecha que la grande era de la eternidad. Un sacerdote sentado á su cabecera le consuela. Este ministro santo trata con el moribundo acerca de la inmortalidad de su alma, y aquella sublime escena que la antigüedad no presentó mas que una vez en la muerte del primero de los filósofos, se renueva diariamente en la humilde cama del mas ínfimo cristiano que va á espirar. Se acerca en fin el último momento; y asi como un sacramento abrió á este justo las puertas del mundo, asi tambien las va á cerrar otro; la religion se ha complacido en mecerle en la cuna de la vida; sus hermosos cánticos y su mano maternal le adormecerán tambien en la cuna de la muerte. La religion misma preparó igualmente el bautismo de este segundo nacimiento, para el cual

no hace uso del agua, y si del aceite, emblema de la incorruptibilidad celestial. El sacramento libertador rompe poco á poco los lazos del cristiano, y su alma casi separada del cuerpo, está como visible en su rostro. Ya escucha los conciertos de los serafines; ya se halla dispuesta á volar lejos del mundo, hácia aquellas regiones á que la convida esta esperanza divina, hija de la virtud y de la muerte. El ángel de paz, bajando en tanto sobre este justo, toca con su cetro de oro en sus ojos fatigados, y los cierra deliciosamente á la luz. Muere finalmente sin oirse apenas su último suspiro; muere, y sus amigos guardan silencio por largo tiempo alrededor de su cama, porque piensan que está dormido; tal es la dulzura con que salió del mundo este cristiano.